

Presentación.

Violencia de género y relaciones de poder: implicaciones para la educación

Juana M^a Sancho

Los datos sobre la violencia física extrema contra las mujeres (62 muertes en España hasta noviembre de 2006 –según las cifras oficiales– y más de 100 según la Red Estatal de Organizaciones contra la Violencia de Género) no dejan de ser una salpicadura del hirviente caldo de cultivo de una cultura asentada en el predominio y la dominación de unas personas sobre otras (y especialmente sobre las mujeres). La alarma social provocada por este efervescente borbotón puede servir de ocasión para plantear, una vez más, la importancia de favorecer relaciones sociales en todos los órdenes de la vida (personal, social, económico, cultural, político, tecnológico) basadas en el reconocimiento del Otro (quienquiera que sea). Un *otro legítimo* cuya alteridad y diferencia representa una riqueza, que amplía las posibilidades de ser y no ha de constituir una amenaza, además de un aprendizaje en el que la educación –la escuela– tiene un papel esencial. Abordar distintas perspectivas de este acuciante tema es la finalidad de este monográfico.

El tema de la violencia de género puede abordarse de muchos modos, incluso utilizarse de forma cínica e interesada, a modo de cortina de humo que ocultara siglos, milenios de violencia simbólica (psíquica, cognitiva, emocional) que ha impedido a la gran mayoría de las mujeres (y a un buen número de hombres) la posibilidad de ser y de pensarse más allá de las coordenadas impuestas por unas sociedades creadas por y para un tipo de hombres. Este no es, desde luego, el objetivo que persiguen los trabajos reunidos en este monográfico.

Reconocer y denunciar la violencia física que sistemáticamente sufren muchas mujeres, pero también niños, niñas y hombres que carecen de ciertos atributos de la

cultura dominante (ser blanco, medianamente rico, heterosexual, estar interesado por el deporte...) no puede impedirnos ver las claves de la construcción y el funcionamiento de una sociedad que sólo permite una forma de ser, que tiene una historia escrita para cada uno de sus miembros desde antes de nacer y que se resiste con *uñas y dientes* a cualquier organización alternativa que signifique, para un determinado grupo, la pérdida de poder económico, político, cultural, tecnológico y personal.

Me conmueve y me indigna, siempre en la misma proporción, cada nueva noticia de ataque físico a una mujer, a un niño, a una niña, a un homosexual y a un emigrante. Y los pongo en la misma línea porque considero que son parte del mismo fenómeno: el de la miseria moral que supone trasladar la propia rabia y frustración al Otro más débil. Pero quienes llevan a cabo estos actos execrables en realidad han perdido, los han vencido sus propias circunstancias, su propia incapacidad de encontrarse sentido. Además sirven de espejo benevolente para muchos que al mirarse se sienten «buenos»: «yo no le he puesto nunca la mano encima a nadie».

Pero como mujer me conmueve y me indigna más, si cabe, el menosprecio sistemático –y legitimado por leyes realizadas por los hombres que «nunca han puesto la mano encima a nadie»– que representa hacer creer a alguien que es inferior por haber nacido mujer, pobre, con la piel de otro color, en el país «equivocado», o con determinadas tendencias sexuales. Me rebela que una mujer se vea a obligada, sin desearlo, a compartir su vida con alguien porque se le ha negado la educación y/o se le impide trabajar para su propio sustento; que además de ser psicológica y emocionalmente maltratada se sienta culpable por sentirlo; o que ni siquiera lo sienta porque le han inculcado hasta los huesos que no es un ser humano sino un objeto. Me perturba que las iglesias que prometen vida eterna a las mujeres las sitúen y mantengan en la tierra en posiciones de sometimiento y servitud, relegando su participación al desempeño de aquellas funciones que significan estar al servicio de los hombres, como también me inquietan los grandes (o pequeños) *probombres* que se benefician y enriquecen mediante prácticas sofisticadas y legalizadas de esclavitud. Los adultos (y adultas) que convierten a niños y niñas en blanco de sus iras, en reflejo de sus frustraciones o en refugio de su inadecuada educación sentimental. Igual que me exaspera la encarnación de la masculinidad hegemónica que lleva a los hombres a no poder elegir, sin sentir una enorme presión, como encarar su vida y su trabajo; o la que expresa su *superioridad moral* apaleando a pobres, emigrantes o a quienes no han tenido miedo a manifestar sus preferencias sexuales no hegemónicas.

El comportamiento violento más profundo y dañino para el ser humano no es sólo el que se manifiesta de forma física, por extremo que este sea, sino el que impone

condiciones de vida imposibles para el Otro, que coartan su posibilidad y deseo de ser, de convertirse en la dueña (o el dueño) de su propia vida y de tener la capacidad legal, social, cultural, económica, emocional y cognitiva de decir SÍ o NO.

De ahí que los lectores y lectoras encontrarán en los artículos que configuran este monográfico una aproximación amplia y compleja al tema de la prevención de la violencia de género. Una perspectiva que comienza en el análisis de las raíces culturales de la violencia hacia las mujeres y hacia otros grupos percibidos como diferentes, pasa por el estudio de las diversas manifestaciones de la violencia y sus modos de perpetuación, y acaba presentando las recomendaciones y las medidas paliativas -tanto las ya dispuestas como las que deberían ponerse en marcha- para su erradicación. Estas reflexiones y recomendaciones se centran en el sistema escolar y en la familia, no porque sean responsables únicos de la educación de niños, niñas y jóvenes, sino por su relevante papel en este proceso. Todo ello persigue un objetivo clave: ayudar a poner en cuestión las raíces naturalizadas de la violencia, nombrar lo no nombrado y, sobre todo, procurar nuevas formas de educar y de relacionarnos entre nosotros y nosotras.